

LA FORMACIÓN ESCOLAR: ELEGÍA DE LA INOCENCIA¹

Rodrigo Espinoza Vásquez

Correo electrónico: respinoza.psicopedagogia@gmail.com

¡Debería haber una sola cabeza, debería haber!

Profesor dando las indicaciones para formarse en el patio

Formarse es un acto que conlleva al orden. Implica la relación entre el caos y su necesidad de control. La formación escolar es sinónimo de clasificación. A veces se opta por el porte de los estudiantes; en otras, por número de lista asignado a su apellido; en ocasiones, por su género. En cualquiera de estas formas se asocia una ritualización del orden. Muchas de estas acciones se llevan a cabo primero en el patio del colegio, para luego traspasarlo a la puerta de la sala de clases. Generalmente es al inicio de las clases para dar una señal de ordenamiento, que delega en el adulto, la potestad de ordenar según su criterio a los niños. Es interesante ver que esto ocurre con los niños más pequeños, porque con los adolescentes esta práctica se diluye, pues existe mayor resistencia y es utilizado en casos extremos donde el adulto cree haber perdido un control que en realidad nunca existió certeza de que alguna vez lo tuvo.

La práctica de formarse es un resabio de la instrucción militar que se usa en esos contextos para organizar un batallón. Desde tiempos antiguos, las distintas civilizaciones que han contado con un cuerpo militar han hecho este rito. Es parte de una coreografía. Demuestra la sincronía que pueden alcanzar las personas a partir del seguimiento de instrucciones. Es el paso previo de una organización para realizar un ataque al enemigo y reconocer las

¹ Escrito en septiembre de 2015

posiciones que a cada cual le corresponden en una batalla. Esta tradición ha sido llevada al contexto escolar. Considerando que la república se funda a partir de guerras, es posible inferir que este rito intenta organizar al estudiantado para prepararse para la batalla. El frente es la sala de clases, con sus trincheras devenidas en pupitres. Las armas están siempre cargadas y muchos dispuestos a dispararlas. Aunque de ellas no salen balas; sí, discursos. Muchos de ellos son sutiles, dispuestos a alcanzar la paz y la armonía. Es una estrategia de pacificación. Persuaden e intentan alcanzar la toma de conciencia para que el desarrollo de la clase fluya pacíficamente, con tratados de paz de por medio. La mediación de conflictos es parte del esquema. La idea es no llegar a las armas, sino que poder convivir en un ambiente nutritivo. De repente, una granada de mano explota. Unos se tapan, porque alcanzan a notar que el escenario ha sido intervenido; otros, caen por la metralla. De vuelta, una ráfaga de palabras destroza al enemigo. El campo de batalla, con esa tensión y ese aroma a conflicto, estalla. Estaba latente, esperando que los actores entraran en escena. Comienza la guerra de trincheras. Es despiadada, sin embargo aparecen algunas banderas blancas que piden un tratado. Pero son acribillados con un: ¡usted no se meta! La batalla continúa, aparecen los observadores de derechos humanos solo para contar las bajas. Está en su punto más álgido. De pronto alguno se inmola. La contraparte toma medidas políticas y establece sus puntos en el libro de clases. Describe la situación problemática con lápiz rojo y mayúsculas, para que se entienda que está escrito con rabia y desborde. Como en toda guerra, muchas bajas son civiles que nada tenían que ver con el conflicto, pero de todas formas sucumben frente al armamento escupido desde las metralletas. En estos conflictos armados, también se pide apoyo a alguna potencia que generalmente entra por la puerta con delantal blanco y comunicado por radio para indicar su ubicación. Escudriña con su mirada el campo, corre un poco la cabeza para ver entre las trincheras y ver a los rebeldes, hasta que encuentra a su líder. Hace una advertencia o derechamente toma algunos prisioneros de guerra, para llevarlos a un Guantánamo imaginario. Allí solo se puede estar sentado y esperar el momento del castigo. Pero la batalla continúa y puede alcanzar mayor radicalización. Aparecen algunos kamikazes, siguiendo el ejemplo del líder retenido. Se transforma en un espiral de acciones que son conducidos mayormente por la emoción. Se suprimen derechos constitucionales y se ordena el estado de sitio. El estado, de pie frente a las trincheras toma un catalejo y ve con mayor detalle los rostros de la derrota.

Impone sus condiciones. Cerca los flancos y corta los suministros de recreo. Les indica que quienes armaron la rebelión deberán invertir su tiempo en escribir la historia del estado hegemónico. A veces, la reclusión permite que se elaboren planes con mayor detención y estrategias más audaces. Surge la creatividad. Desde la crisis, el subyugado dispone sus acciones para llegar a un nivel creador que antes no conocía. Ya mañana, cuando nuevamente tenga que formarse para entrar a la batalla, vendrá con nuevas energías e ideas para recuperar lo perdido.

La batalla puede continuar eternamente, se pueden hacer tratados de paz y armisticios, pero siempre quedará en el subconsciente del derrotado la recuperación de lo perdido. Habrá un territorio que reconquistar y rebautizar, porque esa es la esencia de la guerra: continuar con aquello que quienes cayeron, sea terminado por los quedaron en pie y escribiendo una historia diferente desde donde se mire.